

EL FOLLETO QUE AYUDO AL PREDICADOR

Por *Kenneth Wilson*

TOMAS caminó decididamente por el sendero que conducía a la casa de la Sra. Frazer. Con una alegre expresión de confianza, llamó a la puerta. La Sra. Frazer, que estaba mirando a través del visillo, por la ventana del frente, se preguntó cuando lo vio entrar qué misión traería a ese desconocido hasta su casa. Cuando el jovencito llamó, ella abrió la puerta.

-¡Buenas tardes! -la saludó Tomás con una sonrisa amable-. Estoy vendiendo estos buenos libros a mis vecinos -explicó, levantando cuatro libros encuadernados en rústica, en colores, y añadió:

-Estos libros contienen un mensaje maravilloso y el juego cuesta sólo un peso. (Esto ocurrió hace años, en el tiempo cuando una vez por año, los muchachos y las chicas, y también las personas mayores, vendían libros para la Semana Grande.)

-Pero yo ya tengo muchos libros para leer -objetó la Sra. Frazer-. No necesito más.

-Bueno, entonces -insistió el joven vendedor-, permítame que le ofrezca este folleto.

-¡Oh, también tengo muchos folletos!

-Pero éste es diferente. Tenga la bondad, señora, recíbalo.

-Le diré lo que haré. Únicamente para complacerlo, recibiré el folleto y además lo leeré para ver por qué piensa que es tan importante -dijo, y lo recibió.

Tomás le agradeció cortésmente y luego se fue. No tenía la menor idea de la maravillosa cadena de acontecimientos que esa visita iniciaría.

La Sra. Frazer sabía que su esposo, que era ministro de una iglesia popular, no aprobaría su decisión de leer un folleto publicado por otra denominación, pero algo la había inducido a aceptarlo, y lo que es más, había prometido leerlo, sin realmente entender por qué lo había hecho. Y como lo había prometido, ahora debía cumplirlo.

De modo que se sentó, y leyó de principio a fin el folleto que acababa de recibir, de la serie La Verdad Presente. El mensaje que ese folleto presentaba, conmovió su corazón. No se discutía en él ninguna doctrina religiosa, sino que se hacía un ferviente llamado a una vida moral sana y sencilla, y lo que allí decía estaba basado en la Biblia. La Sra. Frazer no sabía que el folleto era editado por los adventistas. Cuando el Sr. Frazer regresó a la casa, la señora le contó que había encontrado un material muy bueno para sus sermones.

-¿Qué quieres decir con eso de que has encontrado un material muy bueno para mis sermones?

-Mira, está en este folleto que hoy me dio un muchacho -dijo la Sra. Frazer y le mostró el folleto a su esposo-. Nunca te he oído a ti ni a ninguno de nuestros ministros predicar sobre este tema, y es algo que la gente necesita oír.

-Tú no debieras leer folletos que se reparten por ahí -la reprochó su esposo, el ministro-. Dámelo.

El Sr. Frazer tomó el folleto, lo leyó, y le gustó. El próximo domingo, cuando predicó a su congregación, basó su sermón en el contenido de ese folleto. Y eso no fue todo. Escribió luego a los editores y les pidió que, si tenían, le mandaran más material como ése. Llegaron mis folletos de la serie La Verdad Presente, y él los leyó, y también los usó para sus sermones. Naturalmente, para cerciorarse de que todo lo que el folleto decía estaba bien, siempre lo verificaba muy cuidadosamente con su Biblia. Pero algunos de sus feligreses no tardaron en darse cuenta de las nuevas y extrañas ideas que se estaban presentando desde el púlpito de su propia iglesia, y antes de mucho se lo llamó ante un concilio donde se lo acusó de predicar "adventismo".

Mientras tanto la Sra. Frazer estaba leyendo cuidadosamente algunas publicaciones que desde hacía mucho tiempo tenían en la casa, pero a las cuales nunca les habían prestado mayor atención. La biblioteca de su esposo estaba llena de libros, y su escritorio tenía pilas de folletos y revistas publicados



por su propia denominación, y la Sra. Frazer comenzó ahora a estudiarlos y a compararlos con las Escrituras y como resultado, empezó a descubrir que algunas de las doctrinas que se presentaban en esas publicaciones no estaban de acuerdo con la Biblia. Y algunas, hasta se oponían a las Sagradas Escrituras. El Sr. Frazer ignoraba que su esposa estaba llevando a cabo esa investigación. Cierta día la Sra. Frazer le hizo una pregunta a su esposo concerniente a una de las doctrinas de su iglesia.

-No estoy seguro acerca de eso -le contestó él.

¿Quieres decir que tú no sabes lo que nuestra iglesia enseña al respecto? -le reprochó su esposa-. Yo me avergonzaría de admitir que habiendo sido ministro durante veinte años, no sé lo que hay en nuestros propios libros.

El resultado de esa conversación fue que el ministro, que era sincero, siguió el ejemplo de su esposa y comenzó a comparar las doctrinas de su iglesia con la Biblia. Y al igual que su esposa él también descubrió inconsistencias y contradicciones. Pero sintió que era su deber predicar los hechos así como los encontraba en la Biblia. Por esa razón se lo llamó ante el concilio para dar cuenta de su proceder. Pero como él estaba seguro de su posición, no tenía la menor intención de retroceder. No queriendo perder a un buen obrero, sus superiores lo dejaron al frente de la iglesia, pero con la recomendación de que ajustara su predicación a las normas denominacionales.

Con el transcurso de las semanas, y a medida que continuaban estudiando, los Frazer se convencieron aún más de que la iglesia a la cual pertenecían no seguía la Biblia. Resolvieron pues pedir que se los borrara de la lista de miembros. Vivieron entonces un largo período de incertidumbre. Domingo tras domingo, el ministro y su esposa, que ahora no pertenecían a ninguna iglesia, asistían a diferentes iglesias, esperando constantemente encontrar una que siguiera fielmente la Palabra de Dios.

Una noche el Sr. Frazer notó que en un terreno baldío se había levantado una gran carpa. Deteniéndose frente a la misma leyó los carteles en los cuales se anunciaba el comienzo de una serie de reuniones religiosas. Tomó también un volante que un joven le ofreció. Luego se dirigió a su casa, determinado a asistir a las reuniones desde el mismo comienzo.

-Tú no irás a esa carpa de reavivamiento de esos fanáticos, ¿no es cierto? -quiso saber la Sra. Frazer-. ¿Qué denominación la patrocina?

-Yo no sé -dijo el Sr. Frazer-, pero iré. Si ellos tienen la verdad, yo la quiero. Si ellos no siguen la Biblia, lo sabré, y no tendré nada más que ver con ellos.

Y así fue como noche tras noche, con la Biblia en la mano, el Sr. y la Sra. Frazer se sentaban en las primeras hileras de asientos de la carpa. Y día tras día estudiaban cuidadosamente y con oración las verdades que escuchaban. Y siempre encontraban que la Biblia apoyaba lo que el predicador presentaba.

Y como ocurre siempre en las reuniones de evangelización de los adventistas del séptimo día, ocurrió también en esa oportunidad, y a su debido tiempo, surgió la verdad del sábado. Al principio el Sr. Frazer se enfureció al pensar que había sido engañado durante tanto tiempo por el que ahora había venido a descubrir que era un "predicador adventista". Pero cuando la Biblia continuó verificando los temas que se presentaban, su furia se tornó en confusión.

-Escúchame, Juan Frazer -le dijo una noche su esposa-. No tengo la menor intención de que ese predicador me haga una "adventista". ¡Para mí se acabó!

-Alicia, querida -respondió con toda calma el Sr. Frazer-, yo sé que todo esto es muy desconcertante. Pero recuerda, nosotros dejamos una iglesia porque creíamos que no seguía la Biblia. Durante meses hemos estado buscando una iglesia cuyas enseñanzas se funden en las Escrituras. Hasta este momento no hemos encontrado un solo punto en el cual este predicador "adventista" haya estado en desacuerdo con la Biblia. Venga lo que viniere, me he propuesto seguirlo mientras él se mantenga de parte de la Palabra de Dios.

Después de quedar pensando un momento, en silencio, su esposa le dijo:

-Tienes razón, Juan. Te acompañaré.

De una decisión como ésta, sólo podía esperarse un resultado. Los Frazer fueron bautizados y llegaron a ser miembros de la iglesia remanente de Dios.

Algunos años después les tocó asistir a un servicio de graduación de una de nuestras grandes escuelas secundarias. Allí, para su sorpresa, la Sra. Frazer reconoció al muchacho que le había llevado el folleto de la serie La Verdad Presente. Después del servicio de graduación, ella fue a saludarlo, pero el joven no

la recordaba, y casi se había olvidado del incidente. Pero experimentó una gran alegría cuando se enteró de las cosas buenas que habían ocurrido como resultado del folleto que él le entregara a esa señora, cuando él tenía doce años.